

La franqueza no consiste en *ofender inútilmente* el amor propio de otro, sino en *defender con valor los derechos de la humanidad contra el orgullo que la conculca, y en convenir en los propios defectos y enmendarlos.*

En lugar, pues, de decir al joven: Levanta el velo que cubre tu alma, y muestra á todos odio, desprecio, enfado y el desagrado que producen en tí sus debilidades y defectos; mas bien debería decirsele: Sé pronto, de una parte, á compadecer sus debilidades, y de otra no te creas infalible en tus juicios. El hombre franco puede conservar su sentimiento sin ofender el amor propio de otros; lo cual no puede hacerse sino en vista de una mayor ventaja, á la manera que no se corta una pierna sino para salvar la vida. Puede esplicarse esto mejor con un ejemplo:

Uno de los colegas de Guettard le daba gracias un dia por haberle concedido su voto, cuando fué nombrado miembro de la academia de las ciencias. *Nada me debeis, respondió el botánico; si yo no hubiera creído que era justo dároslo, no lo habriais tenido,* porque yo no os amo. Esta respuesta, aunque elogiada por Condorcet, parece reprehensible, como *gratuitamente ofensiva.* ¿Por qué motivo causar un disgusto y decir *no os amo,* á quien viene á protestar un sentimiento de gratitud? Si Guettard hubiera dicho: Al dar mi voto, yo consulto la justicia y nada mas; no me lo agradezcáis, sino á vos

mismo, porque si no hubiera creído que lo mereciais, no lo habriais tenido; respondiendo así, Guettard habria sido franco sin ser ofensivo y villano.

### § 7º Elogios sin adulacion.

El abate S. Real comparó la conducta de los hombres en el mundo á la de los ciegos en una casa vasta é irregular: los mas aturdidos andan al acaso, los mas sensatos á tientas.

Esta irregularidad de conducta no acontece por falta de normas directivas, sino por errores al aplicarlas. Sin salir de los limites del argumento que se ventila, diremos pues, que en medio de tantos caracteres diversos, entre las varias pretensiones de las pasiones, en la ondulacion constante de los gustos y los pareceres, no se corre riesgo de equivocacion, cuando ateniéndose al *objeto de la conversacion,* que es *la diversion,* se tiene *consideracion á la vanidad de cada uno,* que tal vez es *el principal obstáculo.* En efecto, si en las tiendas predomina el interés, en las tertulias prevalece la vanidad, y las necesidades de ésta son anteriores á la de entretenerse.

La vanidad es mas ó menos manejable, segun la indole de las otras cualidades á que va unida: conviene, pues, tener presentes éstas para hallar los medios de avivar aquella, ó al menos de no irritarla.

1º *Vanidad é ignorancia.* Cuando la vanidad está amasada con ignorancia, abre el oido á mil con-

sejas tontas y se alimenta de las mas improbables ilusiones. El hombre vano é ignorante, por ejemplo, rebosa de placer con los elogios que se dan á su sombrero, á su chaqueta, á su vestido, ó á otro adorno, mientras que el hombre de talento se ofende de ello.

2º *Vanidad é irreflexion.* En esta combinacion las alabanzas impudentes, desagradan aun cuando se las desea para otros fines: los romanos no sabian cómo comportarse con Tiberio, que no amaba la libertad y odiaba la esclavitud. No acomodaban á Trajano, que tenia un talento sólido, las maneras bajas y serviles que empleaba con él Adriano. Carlos V dijo á un adulator: Advierto que pensais en mí en vuestros sueños.

3º *Vanidad y misantropía.* En esta combinacion la vanidad es tan melindrosa y estravagante, que un elogio aunque cierto y envuelto en una corteza decente, la ofende, queriendo ella mejor ser contradicha que encomiada. En efecto, es un medio casi infalible para conciliarse la voluntad del misántropo, suministrarle ocasiones de ejercitar su bilis contra cuanto sucede, y procurarse de este modo una especie de celebridad, supuesto que nadie maltrata al género humano, sino para que éste se ocupe de su persona.

4º *Vanidad y débil seco.* Aunque los elogios á la belleza no sean verdaderos elogios, no obstante, suenan agradablemente al oido de las mugeres

comunes y aun al de los hombres. Osley, mendigo famoso de Lóndres, hizo fortuna sirviéndose del siguiente estratagema. Cuando era permitido mendigar en Inglaterra, se colocaba donde habia mayor concurrencia de personas de buen tono; y cuando veia señoras elegantes, les pedia limosna. Si se la rehusaban, decia á la una: Señora, á nombre de esos lindos ojos negros; á la otra, á nombre de esa hermosa cabellera; á aquella, á nombre de ese hermoso talle encantador; á esta, á nombre de esos labios de rosa; finalmente, venian luego los piés bonitos, el continente de reina; nada era olvidado; y él se volvía á su casa con la bolsa bien henchida.

5º *Vanidad combinada con cualquiera especie de carácter.* La cualidad mas constante de la vanidad en cualquiera combinacion de cosas, ó sea considerada en el hombre en general, es el *placer creciente en razon de las personas que hablan de él sin desventaja.* Se notará un principio de involuntaria alegría en el semblante de cualquiera, apenas se le diga que en tal conversacion se ha hecho de él una mencion honrosa. ¿Ha sucedido algun pequeño choque en el amor propio de dos familias y cuya fama no ha llegado á los confines del lugar? Los individuos de ella dirán que toda la ciudad no habla de otra cosa; y si alguno muestra alguna duda, se le preguntará si ha caido de las nubes; tan cierto es que el deseo de ser objeto de los pensamientos de otros nos induce á creer serlo realmente.

te, y la supuesta existencia en la opinión de los demás es céntupla respecto de la existencia real; en suma, los hombres en general semejan á aquel miserable príncipe dominante sobre las costas de Guinea, que sentado al pié de un árbol, teniendo por trono una gran piedra y por guardias cuatro negros armados con lanzas de palo, decia á algunos franceses: *¿Se habla mucho de mí en Francia?* Atendida esta fuerza expansiva de la vanidad, cada uno, y frecuentemente de buena fé, representa su opinión privada como si fuera la pública, de modo que en el progreso del discurso, vienen atribuidas al público cinco ó seis opiniones tal vez contradictorias sobre el mismo asunto.

Conociendo las principales combinaciones de la vanidad, y los productos sentimentales que de ellas resultan, sabrá el jóven avivarla con garbo sin comprometer la dignidad del hombre; encontrará el límite que separa al disimulo de la simulacion y se tendrá igualmente distante de la *vil falsedad*, que de la *sinceridad* gratuitamente ofensiva.

Desde luego, en vez de mostrarse estúpido y silencioso á vista del mérito ajeno, será un fácil y pronto encomiador, esternando grados de *respeto*, si se trata de virtudes particulares ó de grandeza de ánimo; en todos casos procurará que el sentimiento representado por sus actos y palabras se acerque á lo que otros desean de él, no olvidando que cuando se trata de miramientos, es menos malo pecar por exceso que por defecto.

En efecto, un alma noble y generosa no cree en vilecerse mostrándose indulgente para con las debilidades humanas cuando de ello no resulta daño alguno. Ella no desdeña dar á otros mas de lo que tienen derecho á escigir, sabiendo que en el comercio de la vida, quien se obstina en colocar á los hombres en su verdadero puesto, corre el riesgo de ponerse en lucha con todos. Solo las almas pequeñas é inquietas acerca de sus pretensiones, frecuentemente suspicaces, mirando como hurtó que se les hace todo lo que conceden á otros, tienen continuamente la balanza en mano para pesar rigurosamente lo que deben rehusar ó conceder; y muchas veces á pretesto de no degradarse, se muestran impertinentes con sus *iguales é inferiores*.

Es de recomendar finalmente, á los jóvenes no imitar *la vil y pérfida conducta de elogiar á unos con objeto de denigrar á otros*. En cada carrera algunos personajes distinguidos ocupan las miradas del público: ¿qué hace la envidia para defraudarles su mérito? Les suscita rivales, colma de elogios á imbéciles que apenas tienen sentido comun, y se esfuerza á repetir sus nombres, para que el público sea inducido á pensar en ellos y olvide á los primeros.

En el curso del dia se reproducen casos á cada instante, en que se puede recurrir á la *sola accion de una alabanza inocente* para lograr el asenso de algunas voluntades y disminuir la resistencia de

otras; así para ejercitar á los jóvenes, pueden añadirse los siguientes problemas, cada uno de los cuales admite, por medio del elogio, soluciones indefinidas en las varias circunstancias sociales.

1º *Desarmar la cólera.* Aureliano reprochaba á Zenobia que no hubiese querido reconocer á los emperadores romanos: la princesa lo calmó diciéndole: Yo te reconozco á tí por emperador, á tí que *sabes vencer*: Galieno y sus iguales no me parecían dignos de ese nombre.

2º *Endulzar la amargura de una repulsa.* El gran Condé, rogado por las damas para que las dejara salir de Vezel, que él asediaba, previendo que su salida retardaría la rendición de la plaza, respondió que no podía consentir en una demanda que lo *privaría del mas bello fruto de su triunfo.*

3º *Añadir precio á un favor.* Luis XIV, nombrando á Flechier, que predicaba en su córte, para el obispado de Lavour, le dijo: Os he hecho aguardar un poco para el puesto que desde tanto tiempo mereciais, porque no queria privarme tan presto del placer de escucharos.

4º *Esconder el lado ofensivo de una verdad.* Despreaux, interrogado por Luis XIV sobre algunos versos compuestos por éste: Señor, le respondió, nada es imposible á V. M.: ha querido hacer malos versos y lo ha logrado.

5º *Continuación del mismo asunto.*

El uso de la alabanza es racional, en tanto que,

fundado sobre la verdad ó verisimilitud, sirve de estímulo ó recompensa á los talentos, á la industria, ó la virtud. Es reprehensible cuando se funda en falso, ó escede con mucho la medida del mérito encomiado, y entonces se llama *adulacion.*

Hay panegiristas eternos que no dan una alabanza fugaz y delicada, sino que inundan con sus elogios, y esto á cada instante y á presencia de cualquiera, de manera que si no se rechazan tan desmedidos elogios, se acarrea uno la tacha de vanidoso; y si se rehusan, replican con usura, y por decir así, no inciensan, sino que dan con el incensario en la nariz.

Tres son los caracteres que distinguen á la adulacion de la alabanza racional ó merecida: 1º la adulacion cambia los vicios en virtudes: 2º celebra cualidades que no se tienen: 3º ensalza con esceso las que se poseen.

El adulador es pues un *hipócrita*, que finge sentimientos contrarios á los que reserva en su ánimo; es un *vil*

De cabeza perpetuo inclinador,

que tiembla á una señal del rico y hace eco á los dichos de las personas viciosas; es un *fullero* que dá mentiras por obtener ventajas personales; es un *ladron* que roba á la virtud el encomio que prodiga al vicio; es un *infame* que, indiferente al honor, no teme el desprecio público.

La infamia de la adulacion crece en razon de la

publicidad dada á los mentidos elogios. Son poquísimos los que hacen esfuerzos para adquirir las cualidades que les faltan, cuando se les asegura que las poseen; y sienten menos estímulos para subir al mas alto grado de gloria, si los que los rodean les dicen á cada instante que han llegado hasta la cima. Puede asegurarse que muchos poderosos personajes no se hicieron tiranos, sino porque se les hizo creer que todo se les debía, y que su rango y posicion escusaba cualquiera culpa que cometieran.

Siendo de un lado útil y conveniente el uso moderado y racional de la alabanza, y de otro no difícil ser tachados de adulacion, importa recordar la regla de Montaigne, que se complacia aun de ecesagerar algun poco los méritos positivos y las virtudes de sus amigos; pero *limitándose á cambiar un pié en un pié y medio*: así segun él, la relacion entre el mérito y la alabanza que podamos tributarle, no debe esceder de uno á uno y medio.

De aquí es que antes de prodigar elogios debemos ecsaminar las cualidades de las personas; y si nos acontece, por bondad ó generosidad de ánimo, engañarnos, no ser reacios á retractarnos.

#### §. 9. *Delicadeza de ánimo.*

Se dice delicada una flor cuando se marchita y entristece al contacto del aura un poco punzante ó pliega la cabeza sobre su tallo al rayo del mediodía.

Para denotar cuán delicado es el honor de las mugeres, lo comparamos al terso cristal que el aliento empaña.

Llámase ánimo delicado el que se resiente prontamente á las menores sensaciones morales y en ventaja de otro. Puede, pues, haber bondad de ánimo sin delicadeza; un hombre bueno hará inmediatamente el favor que se le pida: un hombre delicado hará mas; ahorrará la pena de que se le pida y sabrá guardar secreto el beneficio.

Puede haber justicia sin delicadeza: un hombre justo defenderá con calor nuestros derechos: un hombre delicado defenderá igualmente nuestras conveniencias y se apresurará á mandarnos la noticia del suceso feliz.

La delicadeza de ánimo es un misto de cualidades especiales y se manifiesta con los caracteres de ellas. Estas cualidades son las siguientes:

1<sup>a</sup> *Finisima sensibilidad.* Los generales atenienses en Maraton, escitados por el ejemplo de Arístides, cedieron por completo el mando á Milciades, que diariamente y alternando tocaba á cada uno de ellos. Milciades, para que la victoria, que se lisonjeaba alcanzar, no fuese causa de disgusto á cualquiera de los generales, llevó tan adelante la delicadeza, que no quiso dar la batalla sino en el dia en que de derecho le correspondia el mando.

2<sup>a</sup> *Cándido desinterés.* En las cosas de valor sensible y no necesarias, *la diferencia entre la*